

## Introducción

Recordaba aquel día Julius Kugy sus escaladas de juventud en lo que entonces eran aún «paisajes intactos» y él había conocido liberadores, sin artificio, sin profanadores «pasos trucados», sin refugios convertidos en hoteles de altitud. La edad de los héroes. Con Andrej Komac y Matija Kravanja, Kugy había sido, en 1880, el primero en ascender el Škrlatica. Con Komac, había recorrido por primera vez, un año después, la arista oeste del Triglav. Y en 1904 había sido el primero en ascender el Montaž. Mucha agua había corrido bajo el puente desde entonces; y ahora, maduro ya, Kugy se entregaba, sumiso, al abrazo apacible de la melancolía; a la añoranza de un montañismo cuyas ascensiones aún eran «largas y rudas», las montañas «más salvajes y más grandes», su escalada «una verdadera expedición» en la que aún se experimentaba «el indecible placer de un viaje de descubrimiento. Muchas cimas retiradas —evocaba Kugy— no tenían nombre en el repertorio popular. Salvo algunas principales, la mayor parte no habían sido aún escaladas». En aquel tiempo que fue efímero y fue glorioso, «un viento de cuento de hadas soplaba en las gargantas oscuras» y aún envolvía las cumbres una «atmósfera de ignorancia y de misterio».<sup>1</sup>

En estas ensoñaciones se hallaba sumido cuando una aparición repentina y fastidiosa vino a sobresaltarlo. Lo relatará en uno de sus muchos libros:

<sup>1</sup> Cit. en Martínez de Pisón (2017), pp. 338-339.

[...] se trataba de un hombre a pasos apresurados, transpirando, jadeante. Sin una mirada a las bellezas de la naturaleza, los ojos fijos en el camino y el reloj en la mano. «¡En dos horas, catorce minutos, cuarenta segundos!», exclama con aire de triunfo, pasando de largo [...]. No trae noticias de una desgracia, es el hombre cronómetro, el hombre récord. Mide su placer y su éxito en la brevedad de tiempo [...]. No podremos decirle cuánto sentimos que haya perdido la ocasión de ver más y que haya pasado corriendo junto a bellezas que no ha notado.<sup>2</sup>

No era indignación lo que, a la vista penosa de aquel plusmarquista, sentía quien más ha amado nunca los Alpes Julianos, sino algo más parecido al desconsuelo de quien cediera a otro una posesión muy querida y la viera maltratada por su nuevo propietario. Nada se podía hacer: otro tiempo había venido distinto a aquel con la lógica despiadada con que el mañana, tirano implacable, se adueña siempre del hoy y masacra sus cosas. De ciegamente correr empezaba a tratarse en vez de caminar dejándose abrumar de sublimidades los admirados sentidos; de ya no deslumbrarse como Leslie Stephen de que en la montaña uno encuentre «la mezcla armoniosa de ciertas vetas de emoción que no se pueden disfrutar juntas en ningún otro entorno».<sup>3</sup> De que, por las mismas fechas, Albert Mummery también escribiera esto:

Encontré un día a las once de la mañana a un hombre que ya había efectuado la ascensión al Charmoz. Parecía muy orgulloso de su empresa y, desde luego, debía haber caminado con extraordinaria celeridad. ¿Por qué —me pregunté— habrá andado tan deprisa? ¿Cómo un individuo dotado de ojos y de alma puede abandonar las agrestes bellezas de la cresta del Charmoz, cam-

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> Stephen (2018), p. 68. El montañismo cronometrado como «práctica abominable», p. 36.

biándolas por la grey de los turistas que llenan y hacen insoporables las tardes de Montenvers?<sup>4</sup>

Corrieron más tarde los decenios; los siglos incluso, y aquel advenimiento indeseable no se detuvo. Por mor de lo que en este libro llamaremos, parafraseando a Polanyi, una «gran transformación», lo desconcertante se volvió corriente; aquellos conatos de estólido montañismo veloz, tropeles omnipresentes de enjutos galgos humanos que se han ido apropiando de los caminos con el fulgor temible de una fe ascética en la mirada. Son los *runners*. El más esclarecido de ellos, Kilian Jornet, gran estrella mundial de las carreras de montaña y los récords de velocidad en el ascenso y descenso de varios picos emblemáticos de todo el globo, afirma que «en montaña, cuantas menos emociones manejes, mejor», pero a nadie o casi nadie escandaliza al decirlo.<sup>5</sup> Sabemos por qué razón. Jornet no evade las coordenadas mentales de nuestra era al enunciar sus ambiciones abúlicas; no nada a contracorriente del curso actual de la civilización. Habla, en cambio, con la voz de su siglo; y es esa voz la voz de las máquinas, triunfante lo que Lewis Mumford llamara *civilización de la máquina* y a lo que atribuyera como características definitorias la supeditación a la regularidad temporal, la eficiencia, la desaparición de la distancia, la uniformidad, la estandarización y la supeditación a la máquina y al consumo que ella dicta.<sup>6</sup> Naufragando, y siéndoles dulce, en ese océano, entregándose a esa gran transformación mecáfila, se hallan todos los órdenes de la vida en el momento presente. En nuestro tiempo (son palabras de Alexander von Mitscherlich), «el hombre degrada

<sup>4</sup> Cit. en Martínez de Pisón (2017), p. 386.

<sup>5</sup> Gogorza (2019a).

<sup>6</sup> Mumford (1977).

la expresión y el movimiento de su humana figura a la neutralidad, se esconde *en* el aparato»; se acurruca en «prótesis totales», y «cuantas más de estas prótesis pone a su servicio, más se debilita la figura humana a la que sirven».<sup>7</sup>

Dos montañismos coexisten hoy. El uno, «olvidando lo útil, no pensando nada más que en lo bello» (Taine),<sup>8</sup> sigue buscando, como Julius Kugy, el desmayo maravilloso de los síndromes de Stendhal; en la montaña encontrando un espacio de transformación y mejoramiento humanistas; en ella ejercitando valores como el desprendimiento, la cooperación, la falta de ambición, la sencillez, el epicureísmo, la reflexión filosófica, la sensibilidad estética, las convicciones ecologistas; desde ella disintiendo de la *troika* infame del reloj, la velocidad y el consumo y proclamando con Federico García Lorca que es imprudente vivir sin la locura de la poesía.<sup>9</sup> El otro, muy en cambio, Kilian Jornet lo encarna y es funcional a aquella: un montañismo anhedónico de espantosos hombres útiles, eficientes, competitivos, militarizados, súbditos sumisos del *reino de la cantidad* que —hoy que, como escribe Tomás Sánchez Santiago, «se tiene miedo a las palabras, a los jugos luminosos y crudos de las palabras. Y se emplea el lenguaje metálico y sin alma de las cifras»—,<sup>10</sup> ya no escriben crónicas sobre el fulgor trémulo del sol derritiendo la última nieve o «los extraños hilos de la asociación del rojo y el azul en un ocaso glorioso»,<sup>11</sup> sino que compilan registros desoladores de calorías gastadas, pulsaciones por minuto, longitudes de zancada, segundos en movimiento y otros parámetros de la nada, empeñados en contradecir a Reinhold Messner cuando

<sup>7</sup> Cit. en Raulff (2018), p. 29.

<sup>8</sup> Cit. en Martínez de Pisón (2017), p. 422.

<sup>9</sup> García Lorca (1994), p. 423.

<sup>10</sup> Sánchez Santiago (2019), p. 248.

<sup>11</sup> Stephen (2016), p. 57.

afirma que «una experiencia o una aventura no son mensurables. Puedes medir lo rápido que alguien asciende paredes de cincuenta metros, pero eso no es alpinismo».<sup>12</sup>

Lo que es peor, el segundo de esos montañismos antagónicos va ganando terreno al primero. Cautivo y desarmado el ejército ateniense, van alcanzando las tropas espartanas sus últimos objetivos militares; también los montañosos. Decae el uno al tiempo que el otro insurge y ocurre, por ejemplo, que los clubes de montaña menguan en afiliación, ven incrementarse la media de edad de sus miembros y desesperan por atraer savia joven que garantice su supervivencia mientras esos mismos jóvenes abarrotan maratones que, con frecuencia, reciben varios miles de solicitudes para apenas unas decenas o cientos de plazas. De competir se trata estos días; de no dejar de hacerlo en ningún momento; de incluso el ocio convertir en negocio.

Es contra ese thatcherismo alpinista que se escribe este ensayo y en defensa de un montañismo convencido, como Montaigne, de que «es el goce, no la posesión, lo que nos hace felices».<sup>13</sup> Creemos elocuente y compendioso su subtítulo: *Vindicación de un alpinismo lento, ilustrado y anticapitalista*. Lento, porque en la estela del manifiesto *Slow mountain* de Juanjo Garbizu, hacemos nuestra la convicción de que nada bueno se ha conseguido jamás deprisa y corriendo; de que solo en el campo semántico de la paciencia se alcanza la excelcitud humanística y de que la velocidad arruina e idiotiza. Ilustrado, porque no lo es este alpinismo presuroso que buscando el apagamiento de los sentidos renuncia al aprendizaje que a través de ellos se obtiene; que no busca conocer, sino que lo conozcan; que no se atreve a saber, porque no

<sup>12</sup> García (2019).

<sup>13</sup> Montaigne (2016), p. 286.

se atreve a detenerse ni a renunciar a los laureles equívocos del éxito deportivo. Y anticapitalista también, porque solo tal puede ser el ejercicio total, sincero, de estos principios que colisionan inconcesivamente con los que animan y sostienen la tiranía del capital.

Nuestra pretensión es adentrarnos en esa «gran transformación» montañera y sus manifestaciones presentándola como inserta en lógicas generales de nuestra época que también intentaremos cartografiar, convencidos de que no se entiende la hoja sin comprender el árbol que la segrega y acoge. El lector irá encontrando así excursos sucesivos sobre, entre otras cuestiones, el matrimonio exitosísimo que anuda en una antigua simbiosis al capitalismo con el deporte, haciendo a este servir a los intereses de aquel y funcionar como correa de transmisión de sus inicuos valores; la aceleración generalizada de la vida contemporánea, convertida en un fascismo velocitario que, como todo totalitarismo, ejerce presión sobre las voluntades y acciones de los sujetos, es ineludible, es omnipresente y ha conseguido que sea casi imposible criticarlo y combatirlo; el reemplazo generalizado, en esto que William Morris llamara la *era del sucedáneo*, del compromiso por el altruismo, modelos de trabazón comunitaria cuya diferencia crucial —adelantemos que la misma que hay entre lo sólido y lo líquido— procurará ser explicada con remisión a los escritos de César Rendueles sobre el particular; la historia de la estafa insidiosa conocida como *obsolescencia programada*; las innúmeras formas del sexismo sutil del siglo XXI en Occidente; lo que con Joan Santacana llamaremos «la gran poda de las humanidades»; lo que con Almudena Hernando llamaremos «la fantasía de la individualidad» o el triunfo pavoroso que, décadas después de muertos sus acuñadores, cosechan en estos días las filosofías de Max Stirner, Filippo Tommaso Marinetti o Ayn Rand. Esperamos que

ese enfoque no resulte tedioso a un lector que, prefiriendo un ataque directo a cima, se encuentre un itinerario agotadoramente meándrico. Creemos de cualquier modo, como Stevenson, que «un sendero que atraviesa una pradera con obstinación e irresponsabilidad humanas, con toda la *grata protervitas* de su dirección cambiante, siempre será algo más parecido a nosotros que una vía de ferrocarril trazada por un ingeniero a través de un terreno complicado».<sup>14</sup>

La segunda de las dos partes en que hemos dividido este libro consiste en una serie de semblanzas de alpinistas e instituciones que en los últimos dos siglos y medio hicieron de la montaña parte o envoltorio o columna vertebral de una pasión humanista más general y encontraron en ella una sinfonía de intersecciones; un escenario más de entre los que ofrecen la posibilidad de un desenvolvimiento promiscuo de todas las expresiones de la alta cultura, y también la adquisición y puesta en práctica de una conciencia política progresista. Convocaremos allá, entre otros, a la Institución Libre de Enseñanza, al sacerdote salesiano Alberto María de Agostini, a John Ruskin, a George Mallory, al Che Guevara y a varias mujeres que en distintas épocas encontraron en la montaña, y siguen encontrando hoy, un espacio de liberación y reivindicación feministas. Y convocaremos también, a modo de contraejemplo, al corredor Josef Ajram, paradigma de la putrescencia moral e intelectual del mundo contemporáneo. Por otro lado, a lo largo del libro, el lector irá descubriendo también, acomodados aquí y allá entre dos capítulos, cuatro pequeños y así llamados *intermezzi* de pretensión —esperamos que no fallida, aunque abrigamos algún temor al respecto— más literaria y lírica que ensayística, sustentados en algunas experiencias personales del autor.

<sup>14</sup> Stevenson (2014), p. 15.

Ha quedado introducido lo fundamental, y hora es ya de iniciar esta modesta expedición ensayística que fuimos aquílatando, en diálogo fecundo y caminado con compañeros de excursión y de la vida a los que rendimos tributo de gratitud en los «Agradecimientos» enumerados al final del libro, en expediciones reales a Collado Jermoso por Asotín y por Fuente Dé, a Peña Castil, al Jultayu, al Precornión, a la torre de la Párdida y a la de los Traviesos, a la sierra de Peñamayor, a la de Híjar, a las Ubiñas, al dios Tiatordos, al cercano, mil veces ascendido y nunca descreído Pienzu. Otro temor nos asalta debido a ello: que hayamos incurrido en el *nacionalismo metodológico* de sobrerrepresentar la tierra de la que provenimos en los ejemplos de que aquí echaremos mano para ilustrar nuestras afirmaciones, comprometiendo el interés que este libro pueda concitar fuera de ella. Sea como sea, secundamos a Xuan Bello cuando dice que Dante Alighieri o William Shakespeare no hicieron nada distinto: colocaron el lugar del que provenían en el centro del Universo; de él hablaron en vez de hacerlo de una globalidad sin raíces.